

¡ESTOS GANADORES PERDIERON!

Por **Haroldo S. Jones**

ES NATURAL que te sientas contento y orgulloso cuando corres y llegas primero, o cuando juegas y ganas un premio.

¿Pero qué ocurre después? ¿Cómo debieras actuar después que has ganado? ¿Debieras jactarte? ¡No! ¡Y nunca permitas que tu éxito se te suba a la cabeza!

A la mayoría de las personas les cuesta más soportar el éxito que el fracaso. Cuando se fracasa, sólo se puede hacer una cosa: volver a probar. Pero cuando se obtiene una victoria, se requiere más dominio propio para que ésta no haga más daño que bien.

A todo nuestro alrededor vemos ejemplos de

personas que no pueden soportar el éxito. Permíteme que te hable de algunas que he conocido.

En mi pueblecito había un joven que podía tirar una pelota de béisbol a la perfección. Era tan buen lanzador que su futuro en el béisbol era la conversación de todo el pueblo. Además, por ser un buen jugador de pelota tenía un cuerpo bien desarrollado. Todos estábamos convencidos de que iría lejos.

No obstante, cuando le llegó la oportunidad de avanzar en el mundo del béisbol, falló. Evidentemente su popularidad se le fue a la cabeza; no se dedicó a su trabajo. En lugar de ser jugador de béisbol, llegó a ser un hombre disoluto.

También teníamos en nuestro pueblo a muchos galeses a quienes les gustaba cantar, y ¡cómo cantaban! Uno de esos jóvenes galeses tenía una voz de tenor y un físico que podrían haberlo llevado a ocupar un lugar destacado entre los cantores de ópera.

La gente del pueblo estaba tan ansiosa de ayudarlo que recolectó dinero para enviarlo a tomar lecciones de canto. Ese joven desperdició cada centavo que recibió y llegó a ser un borracho.

Más tarde, en el pueblo donde ahora trabajo como dentista, conocí a Jaime, el zapatero. Era un italiano que acababa de regresar del servicio militar, y tuvo que comenzar de nuevo su negocio. No pasó mucho tiempo antes de que lo anegaran de trabajo. Cada par de zapatos que arreglaba quedaba como nuevo.

A menudo me decía cuán contento estaba de tener tan buen negocio, y observaba con orgullo: "Creo que soy tan bueno como cualquier zapatero del pueblo". Y lo que es más, se proponía mantener esa reputación. Su negocio prosperó tan rápidamente que pronto necesitó un ayudante.

Pasó el tiempo, y el negocio de Jaime decayó. Fue decayendo más y más, hasta que tuvo que despedir a su ayudante porque él solo podía atender el escaso trabajo que ahora le traían.

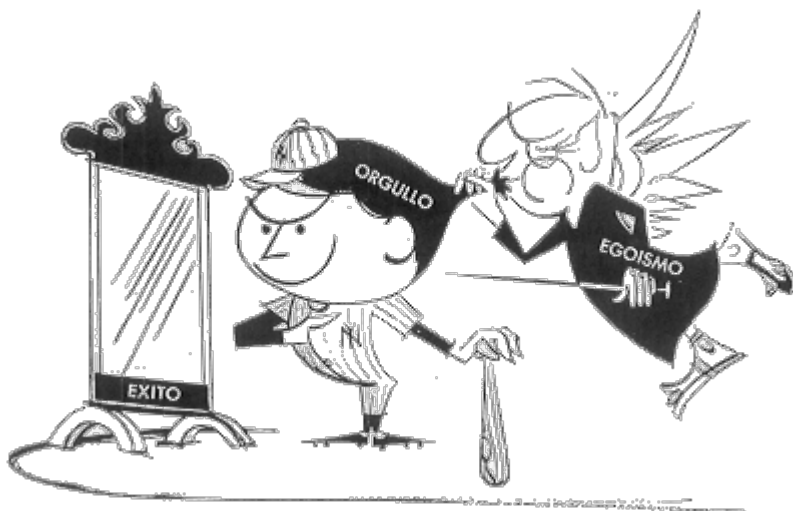
En una larga conversación que sostuvo conmigo un día, dijo: "Mi negocio es pobre porque mi reputación como hombre es pobre. Yo parrando y bebo. ¡La gente no apoya a nadie que haga eso!"

Después de esa conversación Jaime tomó una resolución que salvó su vida y su negocio.

El siguiente caso es uno en el cual participé. Un joven dentista que comenzaba su carrera profesional en nuestro pueblo, se especializó en odontología protética. (Es la especialidad de la odontología relacionada con la aplicación de dientes postizos.) Al principio tuvo la dificultad usual de conseguir clientela, pero antes de que transcurrieran cinco años, su buen trabajo le había creado una extensa reputación.

Como yo mismo soy dentista, comprendí la razón de su éxito. Este hombre trabajaba sin descanso para probar que era bueno en su ramo. Con el transcurso de otros cinco años su reputación lo ubicó a la cabeza de la lista, y tenía más pacientes de los que podía atender. Continuó trabajando bien. Pronto oí decir que estaba haciendo investigación en un asunto de importancia, y no me sorprendí.

Más tarde oí que se había asociado con varios destacados investigadores, y que se lo consideraba un



experto.

Pero el éxito se le subió a su sesuda cabeza, y en este punto la historia cambia radicalmente. Se volvió orgulloso y arrogante, y nunca perdía una oportunidad de referirse sarcásticamente a otros colegas. Recuerdo un discurso que dio cierta noche en una reunión de dentistas. Fue muy irónico. Me sentí fastidiado por lo que dijo y sostuvo. En pocas palabras argumenté que debíamos derrotar sus ideas a toda costa. Y así lo hicimos. El sonrió con indiferencia. ¿Qué le importaba si algunos disentíamos con él? Todavía estaba seguro de que tenía razón. Y siguió siendo rudo y sarcástico. No se daba cuenta de que se estaba volviendo muy impopular.

Poco después este dentista tuvo muchos deseos de lograr algo. Pero con el propósito de conseguirlo, los profesionales con quienes trabajaba tenían que recomendarlo.

Se escribieron muchas cartas a las autoridades con respecto a él. Eran tan severas que, al recibirlas, las autoridades se asombraron de su impopularidad. Le dijeron que no podría obtener lo que había solicitado. Fue un gran chasco, pero él tenía la culpa. Había permitido que el éxito se le subiera a la cabeza. Puedo decirte que después de varios años de vivir con su chasco, decidió tener una actitud más normal hacia las demás personas.

Creo que después del éxito, puedes celebrar tu victoria. Eso está bien. Pero no permitas que el éxito te llene de humo la cabeza.

Si recuerdas cómo luchaste para avanzar, cómo te preocupaste y trabajaste, y cuántas veces fracasaste a pesar de tus esfuerzos, te darás cuenta de que otras personas que fracasan también han trabajado arduamente, y en lugar de vanagloriarte, las ayudarás para que ellas también puedan ganar.